

JORGE AMADO

Contrabandista

Ahora el hijo comenzaba a andar, jugaba con barcos que le hacía el viejo Francisco. En un rincón permanecían olvidados, sin una mirada siquiera del niño, el trencito de hojalata que le había traído Rodolfo, el osito de paño barato que le había comprado Livia y el payaso regalado por los tíos de Livia. El barco hecho con un pedazo de madera que le fabricara el viejo Francisco, valía más que todo. En la batea en que Livia lavaba la ropa, el barquito navegaba bajo las miradas alegres del chico y el viejo. No tenía timón, andaba sin dirección, por eso nunca llegaba a un puerto, se quedaba parado en medio de la batea o andaba sin brújula. El pequeñito, hablándole en su media lengua, que recordaba la de Toufick, decía al abuelo:

—Buelo, tempetá.

El abuelo sabía que le pedía que desencadenara una tempestad sobre la batea. Y como Iemanjá, que echaba el viento sobre el mar, el viejo Francisco hinchaba los carrillos y desencadenaba un furioso nordeste sobre la batea. El barquito giraba sobre sí mismo, corría a merced del viento y el chavalito aplaudía

con sus manitas sucias. El viejo Francisco hinchaba más sus carrillos y producía un viento más fuerte. Silbaba imitando la canción de muerte del nordeste. Las aguas de la batea, tranquilas como las de un lago, se agitaban, las olas asaltaban el barco, que terminaba por llenarse de agua y hundirse lentamente. El niño aplaudía y el viejo veía siempre con tristeza el naufragio. Aunque fuese un juguete, hecho por sus propias manos, era, de cualquier manera, un saveiro que se hundía. El agua de la batea se aquietaba. Era de nuevo como un lago. El saveiro yoleado en el fondo. El niño metía la mano en el agua y rescataba su barco. El juego recomenzaba y así la criatura y el viejo pasaban la tarde, sobre ese mar en miniatura, mirando el saveiro de juguete, contemplando el verdadero destino de los hombres, del mar y de los barcos.

Livia observaba con temor el oso, el payaso, el tren abandonados. El hijo nunca había hecho descarrilar el tren en la acera. Nunca había hecho que el oso matase al payaso. Los destinos de tierra no le interesaban. Sus vivos ojos no eran más que para ver el pequeño saveiro en su lucha contra la tempestad que desencadenaba el soplido del viejo Francisco. Y se olvidaba del oso, del tren, del payaso. Una vez la esperanza llenó el corazón de Livia. Federico (al hijo le habían puesto el mismo nombre del padre de Guma) apartándose de la batea en lo más furioso de la tempestad, fue a buscar el payaso. Lo tomó con cuidado. Livia seguía atentamente sus movimientos. ¿Se habría cansado ya de las tempestades y naufragios? ¿Se habría interesado por la suerte del barco sólo mientras fue una novedad? ¿Volvía ahora a los otros juguetes

olvidados? Pero no. Federico llevó el payaso al barco. Quería que fuese un patrón de saveiro, un patrón de saveiro bastante raro con semejante bombacha amarilla y azul. Pero se veían tantos marineros con extrañas vestimentas, que bien podía haber alguno con semejante bombacha. Y desde ese día, todas las veces que el saveiro naufragaba, el payaso (luchaba con la tempestad hasta último momento) se ahogaba también, moría como un verdadero patrón de saveiro. En el fondo de la batea su cuerpo de paño se hinchaba como si estuviese lleno de cangrejos. El chaval aplaudía mirando al viejo que reía también. El juego comenzaba.

Naufragó tantas veces el barco, tantas veces se ahogó su patrón, que finalmente se pudrió el paño y el muñeco perdió una pierna. Pero, como un hombre de mar no se queda a pedir limosna, el pintoresco marinero de bombachas continuó luchando con las tempestades con una sola pierna, recostado en el mástil de su barco. El niño decía al viejo Francisco:

—Bubú comió pierna.

El viejo Francisco entendía: un tiburón le había comido la pierna. Después le comió la cabeza que se le desprendió del cuerpo en medio de una gran tempestad. Y aun sin cabeza (era el marinero más extraño de todos los mares) continuó al frente de su barco soportando las más terribles tempestades. El niño reía, el viejo reía. Para ellos el mar era un amigo, un dulce amigo.

Pero Livia no reía. Miraba el oso y el tren abandonados. Para ella el mar era un enemigo, un terrible enemigo. Y los hombres del mar eran como ese pa-

yaso de bombachas azules y amarillas que la suerte hizo marinero: aun sin pierna, aun lisiado, luchaba contra la furia del mar sin un gesto de odio.

El niño y el viejo reían. La tempestad soplaba furiosamente en la batea, el barco corría empujado por el viento y el marinero, sin pierna y sin cabeza, empeñado en dirigir su saveiro.

El *Roncador* se había transformado en el *Paquete Volador* y fue pintado de nuevo. También se le pusieron velas nuevas y el barco fue uno de los más veloces saveiros del muelle de Bahía. El doctor Rodrigo puso la mitad que Guma le restituiría cuando pagase la otra mitad a Juan Cazula. Esta deuda se dividió en diez pagos mensuales. Algún dinero que Guma tenía ahorrado lo empleó en el arreglo del barco. Y salió al mar con decisión. El plazo de un año convenido con Livia para entrar en la sociedad con su tío, Guma lo había alargado a dos años. Pero al finalizar el primer año, todavía estaba debiendo a Cazula casi todo y ni siquiera había pagado un centavo al doctor Rodrigo. La situación de los canoceros y patrones de saveiro estaba cada vez peor. Además de haber pocos cargamentos, era una época de paralización y las tarifas habían bajado mucho, porque las lanchas de motor hacían el transporte más rápido y más barato. Poco se ganaba y nunca en el muelle se oyó tanta maldición.

Livia ya se había convencido que este año Guma no abandonaría la vida del mar. Y se puso a trabajar para ayudarlo a pagar lo que debía y quedarse así con el saveiro sin deuda. Juan Cazula andaba detrás de él,

las cuotas mensuales estaban atrasadas y con las barcasas que comprara no le iba nada bien. El doctor Rodrigo no reclamaba, pero vivía buscándolo a Guma al regreso de sus viajes. Pero los viajes escaseaban. Los patrones de saveiro y los canoeros pasaban gran parte del tiempo frente al Mercado comentando lo difícil de la vida y la paralización de este fin de año. Cuando no, iban a matar las penas al Farol de las Estrellas, donde Don Babau todavía fiaba la bebida anotando los créditos en un cuaderno de tapas verdes. Guma aceptaba cualquier viaje aunque no hubiese carga para la ida, aun pequeñas cargas para Itaparica. Ni aun así podía pagarle algo a cuenta a Juan Cazula. Livia ayudaba al viejo Francisco en el remiendo de velas. Se pasaba gran parte del día agachada sobre la gruesa lona de las velas rotas por el viento, cose que te cose. Pero casi todo este trabajo era al fiado, porque para todos los de la ribera del muelle las cosas andaban mal. Tan mal andaban, que los estibadores hablaban de hacer una huelga. Guma vivía buscando trabajo y hacía los viajes lo más rápido posible para no perder el cliente. Varios patrones de saveiro habían vendido sus barcos y se dedicaban a otros trabajos en los diques, en los buques de ultramar, en el transporte de equipajes de los viajeros.

Y como poco tenían que hacer, cantaban y bebían.
—Juan Cazula estuvo aquí...

Guma arrojó su bolsa de viaje sobre la cama. Miró a su hijo que jugaba con el viejo Francisco. Era fin de mes y había prometido entregarle algo a cuenta a Cazula. Pero no podía, este viaje no le había dejado nada, un pequeño cargamento para Itaparica. El niño

jugaba en la batea. Guma no quiso cenar y salió. No habían pasado cinco minutos cuando volvió Juan Cazula:

—¿No llegó Guma, Doña Livia?

—Sí llegó, Don Juan. Pero ha salido ahora.

Juan Cazula miró hacia adentro desconfiando:

—¿No sabe para dónde fue?

—No sabría decirle, Don Juan.

—Buenas noches, entonces.

—Buenas noches, Don Juan.

Juan Cazula bajó la calle tirándose el bigote. Los candiles iluminaban los cuartos pobres de las casas. Un hombre borracho entró a una de ellas y Juan Cazula oyó a una mujer que le decía:

—¿Ésta es forma de llegar a tu casa?... Como si no fuese bastante...

Había en el muelle grupos conversando. Juan Cazula preguntó por Guma. No lo habían visto. Pero frente al Mercado alguien le informó que estaba en el Farol de las Estrellas.

—Está matando las penas...

Otro preguntó:

—¿Cómo te va con las barcazas, Juanito?

—¿Cómo me va a ir? ¿A quién le va bien hoy día?

Uno no saca ni para los gastos.

Continuó su camino. Poco más adelante se encontró con el doctor Rodrigo que bajaba fumando.

—Buenas noches.

—Buenas noches, doctor. Yo quería hablar dos palabras con usted...

—¿De qué?

—Es respecto a esa enfermedad de mi mujer. Us-

ted fue a verla una porción de veces y me la levantó. Después de Dios es usted quien me la salvó. Y yo todavía no le he pagado nada...

—No se preocupe por eso, Juan. Sé que las cosas no andan bien...

—Mal, muy mal, doctor. Pero usted necesita cobrar, no vive del aire. En cuanto pueda...

—No tiene importancia. Yo me arreglo.

—Gracias, doctor.

Rodrigo siguió fumando. Juan Cazula pensó en Guma.

Quiso volverse, los tiempos andaban tan malos... Casi se vuelve, pero tomó una resolución y siguió hacia el Farol de las Estrellas.

Divisó a Guma en una mesa ante un vaso de cachaza. Con él estaba el patrón Manuel. Desde su mostrador Don Babau miraba con tristeza a sus parroquianos. Tenía cara de sueño. Juan Cazula vio al patrón Manuel levantar una mano con desánimo. Le faltaba coraje para entrar. Miró con pena a Guma. Sus largos cabellos negros le caían sobre la cara y sus ojos tenían una expresión atemorizada. «Está con miedo», se dijo Juan Cazula, y nuevamente pensó en irse. Pero tenía que pagar a sus canoeros y se adelantó. Algunos de los asistentes lo saludaban. Él respondía con gestos. Y se dejó caer en una silla junto a Manuel. Éste dijo:

—¿Cómo va? —parecía haber arrancado el saludo con esfuerzo.

—Don Juan... —empezó Guma.

Juan Cazula se tiró el bigote, pidió una cachaza. El patrón Manuel parecía muy desanimado, mudo,

contemplando el fondo del vaso vacío. Y los tres quedaron en silencio un momento. Oyeron que un parroquiano gritaba desde un rincón:

—A ver si ese trago viene o no...

Don Babau anotaba en su cuaderno. De pronto Guma irguió el cuerpo, se pasó la mano por la cabeza echándose hacia atrás el cabello, y habló:

—Todavía no sé cuándo podré, don Juan... Las cosas van tan mal...

El patrón Manuel repitió como un eco:

—Tan mal...

Y dijo en voz alta:

—Vale.

Don Babau miró, levantada la mano del cuaderno, el lápiz suspenso en el aire. Juan Cazula oyó la tonada que el ciego cantaba en la puerta. Era triste. La tonada llegaba lentamente y se apoderaba de Juan Cazula. El patrón Manuel respondió su propia pregunta:

—Me parece que no termina más. Y nos vamos a morir todos de hambre...

Don Babau bajó el lápiz. Se rascó la cabeza y sonrió sin saber de qué. Cerró el cuaderno y dejó de apuntar las consumiciones. Recostó la cabeza sobre el brazo, pareciendo dormir.

—Arrió las velas —comentó uno.

—Malos son... —dijo Cazula refiriéndose a los tiempos que corrían.

La tonada del ciego se arrastraba afuera. No se oía que cayera ninguna moneda en su lata. Pero él seguía cantando. Y Juan Cazula tenía que oír su canción aunque no lo quisiera. Guma volvió a hablar:

—Quería entregarle algo este mes, pero estoy sin

blanca. No hice nada, absolutamente nada, Don Juan.

Una mujer entró, era Magdalena. Miró hacia las mesas, pero no recibió ninguna invitación. Riendo, la mujer gritó con voz llena:

—¿Están de funeral aquí?

Los concurrentes la miraron. El patrón Manuel la llamó con la mano, habían sido amantes. Pero ella vino a la mesa por Juan Cazula:

—¿Me pagas una cachaza, Juan?

El chico que atendía le trajo la cachaza. La tonada del ciego, hablando de su pobreza, pidiendo una caridad, se eternizaba allá afuera. Guma prosiguió:

—Va a tener que esperarme un poco más, Don Juan. Hasta que la cosa mejore un poco...

El patrón Manuel dudó:

—¿Crees que va a mejorar algún día?

Magdalena los observaba, de pronto gritó:

—¿Hoy no hay fonógrafo, Don Babau?

Babau levantó la cabeza y miró en torno suyo. Fue a darle cuerda al viejo fonógrafo. Una samba fue llenando el salón. Aun así era la canción del ciego la que oía Juan Cazula.

—Lo que me pasa, Guma, es que yo también ando en apuros. Un apuro del diablo. Tengo que pagarle a mis tres canoeros. Las barcazas no me han dado más que gastos.

Miró al patrón Manuel, después a Magdalena, hizo un gesto con las manos:

—Sólo gastos...

—Ya lo sé, Don Juan. Quisiera pagarle, pero no sé cómo...

—No tiene vueltas el asunto. O consigo dinero o

tengo que quemar una barcaza por lo que sea para pagar lo que debo...

La tonada del ciego penetraba en el salón a pesar de la samba. Guma bajó la cabeza. Don Babau volvió a dormirse sobre su cuaderno. Magdalena seguía atenta la conversación.

—Estaba pensando... —pero Juan Cazula se detuvo.

—¿Qué?

—Podías vender el barco, me dabas lo que me debes y siempre te iba a quedar un sobrante. Y si te conviene, vienes a trabajar en las barcazas.

—¿Vender el *Paquete*?

La canción del ciego dominaba plenamente la música de la samba. Ésta era más alta, más estridente, pero ellos sólo oían la voz del ciego:

*Tengan pena del que perdió
la luz de los ojos.*

El patrón Manuel tampoco llegaba a comprender:

—¿Vender el *Paquete Volador*?

Magdalena golpeó la mesa con la mano:

—Es un barco tan bonito.

—¿Si no, cómo podemos arreglar el asunto? —preguntaba Juan Cazula.

Después de un momento repitió:

—¿Cómo?

—Don Juan, espéreme un mes más, que voy a conseguir el dinero. Aunque tenga que pasar hambre...

—No es por mí, Guma. Tengo que pagar... —Te-

mía que pudiesen pensar que lo hacía de usurero y la música del ciego lo torturaba—. Saben bien que no soy capaz de aprovecharme del mal momento de un compañero para explotarlo. Pero la cosa está negra, y no le veo otra manera...

—Un mes más...

—Si no les pago mañana a mis hombres, me largan las barcazas.

El patrón Manuel dijo:

—Tal vez habría forma...

—¿Cómo?

—Consiguiendo un dinero prestado.

Quedaron pensando en quién podría hacer el préstamo. Manuel pensó en el doctor Rodrigo. Pero tanto Guma como Juan Cazula estaban en deuda con él. Fue desechado. Juan Cazula continuaba disculpándose:

—Pregunta al viejo Francisco si soy hombre para hacer una cosa así. Él me conoce desde niño... —Sentía impulsos de pedir al ciego que callase.

Magdalena pensó en Don Babau:

—¿A lo mejor él os puede prestar?

—Claro —concordó el patrón Manuel.

Guma los miraba tímidamente, como pidiéndoles que lo salvaran. Y Juan Cazula seguía disculpándose. Hasta hubiese querido regalarle el saveiro a Guma y tirarse después al agua porque no tenía valor para ver a sus canoeros sin cobrar. El patrón Manuel se levantó, fue hasta el mostrador, subió adonde estaba Don Babau, lo tomó suavemente de un brazo y lo trajo a la mesa. Don Babau tomó asiento:

—¿Qué pasa?

Guma se rascó la cabeza. Juan Cazula sólo oía la tonada del ciego. Fue el patrón Manuel quien habló:

—¿Cómo estás de dinero?

—Si me pagan todo lo que me deben de cachaza estoy rico —rió Don Babau.

—¿Puede prestar algo?

—¿Cuánto te hace falta?

—No soy yo. Son aquí, Don Juan y Guma. —Se volvió a Juan Cazula—. ¿Cuánto precisas con urgencia?

Juan Cazula no oía más que el lastimero canto del ciego. Explicó:

—Es para pagar a mis canoeros. Estoy con un dinero con Guma, y las cosas andan tan mal...

Guma atajó:

—Yo le estoy debiendo, le pagaré en cuanto consiga algún dinero. Está todo difícil.

Don Babau preguntó:

—¿Cuánto es?

Juan Cazula hizo cuentas:

—Con ciento cincuenta me arreglo.

—No, no, ni la mitad de eso tengo. Podéis ver la caja. —Reflexionó—: Puede ser cincuenta...

—¿No te alcanza con eso? —El patrón Manuel miró a Cazula.

—Con cincuenta no me alcanza ni para uno. Los ciento cincuenta sólo son una parte.

—¿Cuánto tenías que pagarle, Guma?

—Cien por mes... Pero estoy atrasado en el pago.

Don Babau se levantó y desapareció en la trastienda. Magdalena dijo:

—Si yo tuviese...

El fonógrafo había parado. Se quedaron en silencio escuchando al ciego. Don Babau volvió trayendo cincuenta mil reis en billetes de diez y cinco. Se los entregó a Guma:

—Me lo pagas en tu primer viaje, ¿quedamos así?

Guma pasó el dinero a Juan Cazula. El patrón Manuel puso la mano en el hombro de Magdalena:

—A ver si te buscas un rico que nos preste cien mil.

Magdalena le contestó sonriendo:

—Si encuentro uno que me dé cinco, me conformo.

Guma prometió a Juan Cazula:

—Espéreme unos días más, veré si consigo lo que falta.

Juan Cazula hizo un gesto de conformidad. Magdalena lanzó un suspiro de alivio y comenzó a hablar de cualquier cosa:

—¿La conocéis a Juana Doca? Tú, Manuel, la conoces, ¿no? Bueno, ella estaba hoy en la ventana de su casa cuando vio un tipo que miraba con insistencia. Entonces...

Guma la interrumpió:

—Ya sabéis que yo no tengo más que ese barco, del que no soy ni dueño, porque lo debo casi todo. Le debo a Juan y al doctor Rodrigo. Si me llego a quedar sin el barco, ¿qué le dejaré a mi hijo? Uno no vive mucho, un día lo agarra un temporal y listo. Todavía el que no tiene mujer ni hijo...

—Es una vida desgraciada —comentó Manuel—. Por eso no quiero hijos. María Clara sí que quiere.

—Bonita tu mujer —dijo Magdalena a Guma.

—¿La conoces?

—Os vi un día andando juntos.

El ciego seguía cantando en la puerta. Pidieron más cachaza. Juan Cazula habló:

—Si pudiese conseguir diez más, daba veinte a cada hombre y me quedaba tranquilo.

—Te los consigo mañana por la mañana —dijo el patrón Manuel—. La parienta debe tener.

—Tu mujer se parece a una que tengo ahora en casa —comentó Magdalena.

—¿Tienes ganado nuevo?

—Si ésa es nueva... Dios te libre.

—¿Quién es?

—Una viejota. Dice que fue mujer de Javier.

—¿De Javier? ¿El patrón del *Caburé*?

—Del mismo.

—Una vez él contó algo de ella —dijo Guma.

—Yo estaba presente —atestiguó el patrón Manuel.

—Javier parece que andaba enamorado de esa mujer. Se le fue y él le puso por ella el nombre a su barco... Ella lo llamaba Caburé.

—Si será raro. —Magdalena hizo mohín—. Vean que hacer semejante cosa. Cuando estos hombres...

—Eras muy amigo de Rufino, ¿no? —Cazula preguntaba a Guma.

—Sí, ¿por qué? —Ahora oía distintamente la canción del ciego.

—Dicen que él mató a su mujer. Ella le estaba metiendo los cuernos con el marinero de un buque.

—Yo también oí eso —apoyó Magdalena.

—Me entero ahora. Pero si lo hizo, está bien hecho. Era un negro muy hombre.

—No había en todo el muelle dos canoeros como él —afirmó el patrón Manuel.

A Guma le parecía oír a Rufino diciendo: «hermano, hermano». Pero se consolaba pensando que Rufino había muerto sin saber que él lo había traicionado. Juan Cazula daba por terminado el asunto:

—Yo en su lugar mataba al otro también.

Mano Manca entraba en ese momento. Se reunió al grupo de Guma, pero habló para toda la concurrencia:

—¿Sabéis lo que ha pasado?

Hubo expectativa. Mano Manca contó:

—Javier vendió el barco a Pedroca por una miseria y se enganchó en ese griego que estaba necesitando un marinero.

—¿Qué dices?

—Lo que digo. No lo contó a nadie. El buque salió hace una media hora.

—Fue por la mujer —dijo Magdalena.

—Dicen que la comida del buque griego es una porquería —comentó un negro.

Salieron. En la puerta el ciego seguía cantando. Tendió la lata de las limosnas y Juan Cazula dejó caer unas monedas. No compraría tabaco para su pipa esa noche.

El árabe Toufick tuvo un gran disgusto con la fuga de Javier. Un buque iba a entrar dentro de cinco días con un gran contrabando de sedas. ¿Cómo sacarlo sin contar con un saveiro, sin tener un patrón de confianza? Le explicaba a F. Murad:

—Era un borracho. Fue por eso. Al que le da por la bebida no se le puede tener confianza. Ahora voy a buscar un hombre serio.

—Trate de encontrarlo cuanto antes. Es necesario desembarcar esa mercadería.

Toufick vino al muelle. Averiguó a Babau la situación económica de los patrones de saveiro y así se enteró del préstamo hecho a Guma y de que casi tuvo que vender su barco para pagar las deudas. Inquirió:

—¿Es hombre serio?

—¿Guma?

—Sí.

—No hay otro más serio en el muelle.

Enseguida se dirigió a la casa de Guma. Lo atendió Livia:

—Guma ha salido, pero no debe tardar, Don Toufick. ¿No quiere esperarlo?

Toufick dijo que lo esperaría. Quedó sentado en la sala, dando vueltas al sombrero entre sus manos, mirando al niño que en el fondo de la casa se ensuciaba en un charco de agua. Y Toufick recordaba lo que una vez Rodolfo, que le debía un traje, le había dicho cuando él le habló de Guma para un asunto de contrabando: «Mi cuñado no es el hombre que te hace falta, turco.» Le había dicho que Guma no era hombre para meterse en esas cosas. Y Toufick se decía si valdría la pena estarlo esperando. Pero había que reemplazar a Javier urgentemente. Guma podía ser su hombre: estaba endeudado, era uno de los mejores patrones de saveiro del muelle, tenía un barco bueno y veloz. Ahora, ¿tendría valor para meterse en esas cosas? En escrúpulos Toufick no pensó. Se levantó mirando por la ventana. Guma venía llegando y al ver a Toufick apresuró el paso:

—¿Qué dice, Don Toufick?

—Quería conversar con usted.

—Cómo no...

Livia vino desde adentro. Guma preguntó:

—¿No quiere tomar una cachaza?

—Apenas un poco.

—Una cachaza, Livia, para Don Toufick.

Toufick señalaba al chico que jugaba en el fondo de la casa:

—¿Su hijo?

—Sí, es mi hijo.

Livia vino con la cachaza. Toufick bebió. Al salir Livia, arrastró la silla rota, se acercó al cajón donde estaba sentado Guma:

—Disculpe la pregunta, pero cómo anda de dinero.

—Para serle franco, Don Toufick, bastante apurado. El puerto va mal. ¿Por qué?

—Los tiempos están malos, muy malos, ya lo sé. Pero un hombre decidido, a pesar de todo, puede ganar mucho dinero.

—Me parece difícil...

—Todavía debe el saveiro nuevo, ¿no?

—No he podido pagarlo. ¿De dónde va a poder uno?

—¿Supo que Javier se fue?

—Eso me han dicho. Fue porque su mujer anda por aquí.

—¿Qué mujer?

—La de él. Era casado.

—¡Ah!, fue por eso. Javier trabajaba para mí, ¿usted lo sabía?

—Oí decir.

—Bueno, me dejó plantado. Y el trabajo de él era de ganar mucho dinero.

—Recibía los contrabandos, ¿no?

—Unos encargos que venían a bordo.

—No se ande con vueltas conmigo, Don Toufick. Todo el mundo en el muelle lo sabe. Y ahora usted quiere que yo haga lo que hacía Javier, ¿no?

—Usted podría pagar su saveiro en dos o tres meses. El negocio da para todos. Puede ganar hasta quinientos mil reis cada vez.

—Pero si la policía se mete en el asunto uno se va a pique.

—En la forma en que se hacen las cosas nadie se entera. ¿Sabe de alguna vez que haya intervenido la policía?

Miró a Guma indeciso:

—El jueves entra un barco alemán. Trae un cargamento grande. Es un asunto que puede dar... —dejó la frase en suspenso—. ¿Debe mucho por su saveiro?

—Unos ochocientos mil reis, más o menos.

—Pues de una vuelta puede sacar unos quinientos mil. Son unos tres viajes del saveiro. En menos de una noche puede ganar ese dinero.

Ahora hablaba con la boca casi al oído de Guma, en secreto, como un conspirador habla a su cómplice. Guma pensaba que podía hacer este trabajo una o dos veces, lo indispensable para pagar el barco, después dejaba a Toufick. El árabe parecía adivinar sus pensamientos:

—Con dos o tres negocios de éstos puede pagar su barco, y si después no quiere seguir no sigue. Yo salgo del paso, porque estoy sin nadie. Usted se libra de las deudas. Además que serían uno o dos carga-

mentos por mes. Quedaría libre para hacer otros viajes por su cuenta el resto del mes. No necesita ni aparecer.

Toufick esperaba la contestación. Guma reflexionaba. Haría uno o dos negocios. Pagaría el barco y dejaría a Toufick. El propio Toufick estaba de acuerdo en esto. Guma no tenía miedo. Hasta le gustaban los trabajos arriesgados. Pero pensaba en el disgusto de Livia si lo pusiesen preso. Ya sufría tanto con el hermano. Oyó la voz de Toufick:

—¿Está necesitando dinero?

Recordó a Juan Cazula que no podía pagar sus canoeros y quería hacerle vender el saveiro:

—¿Me adelanta cien mil reis? Acepto el negocio. El árabe metió la mano en el bolsillo y sacó un montón de papeles. Cartas, recibos, vales. El dinero mezclado con todos esos papeles sucios.

—¿Usted sabe dónde desembarcaba las sedas Javier?

—No. ¿Dónde?

—En el puerto de San Antonio.

—¿Cerca del faro de la barra?

—Sí.

—Está bien.

Recibió el adelanto. El viejo Francisco entraba. Toufick se despidió y dijo en voz baja a Guma:

—El jueves a las diez de la noche espéreme con el saveiro preparado.

El viejo Francisco lo saludó al pasar junto a él:

—Buen día, Don Toufick.

Livia vino para averiguar:

—¿Qué quería?

—Preguntarme sobre Javier que se ha ido. Parece que Javier le quedó debiendo.

El viejo Francisco lo miró sin creerle. Livia comentó:

—Parecía que no se iba más.

El hijo lloraba en los fondos. Guma fue a buscarlo.

La noche era calurosa en tierra. Pero en el mar corría una brisa fresca que animaba el cuerpo. En el cielo estrellado había una luna enorme y amarilla. El mar estaba tranquilo y sólo las canciones venidas de todas partes rompían el silencio. Cerca del *Paquete Volador* estaba el *Viajero sin Puerto* y Guma oía los gemidos de amor de María Clara. El patrón Manuel la amaba en el propio saveiro, atracado al muelle, en las noches de luna. El mar plateado se extendía debajo de ellos. Guma pensó en Livia que a estas horas estaría en casa angustiada. Ella nunca se podría conformar con la vida que él llevaba. Especialmente después del naufragio del *Valiente* vivía en una eterna agonía, esperando verlo llegar muerto en cada viaje. Y si ella supiese que ahora estaba metido en el contrabando de sedas, nunca más tendría un momento de sosiego, porque al recelo de verlo muerto se agregaría el temor de su prisión. Guma se promete que una vez pagado el saveiro abandonará este trabajo. Ésta será la primera noche y por ella cobrará quinientos mil reis. Pagará todo lo que debe a Juan Cazula, diciéndole que consiguió un préstamo. Después quedaría el doctor Rodrigo, pero él no lo importunaba. Con dos viajes más habrá pagado el barco. Ganaría un poco más, vendería el *Paquete*

Volador y entraría como socio con los tíos de Livia. ¿Vender el *Paquete Volador*? Después de tantos sacrificios sería una verdadera pena venderlo para ser socio de un pequeño almacén. Y dejar el mar, los saveiros, su puerto. Esto es una cosa que duele mucho a un marino, especialmente cuando la noche está bonita como ahora, estrellada y con una hermosa luna. Ya son más de las diez y Toufick no llega todavía.

Guma vio entrar el carguero alemán. Eran las tres de la tarde y él estaba en el saveiro. El buque no atracó al muelle, era demasiado grande, quedó afuera lanzando grandes espirales de humo. Desde la cubierta del *Paquete Volador* Guma divisaba sus luces. Livia cree que ahora Guma ya está en las aguas del río, llevando un cargamento para Mar Grande. Lo espera de vuelta al amanecer. Lo esperará ansiosa, muerta de miedo, y cuando regrese le volverá a preguntar cuándo se irán a la ciudad. Un almacén... Vender su barco, dejar su puerto. Eso pensaba cuando traicionó a Rufino, cuando perdió el *Valiente*. Pero ahora no quiere. Lo mismo se muere en el mar que en tierra, son tonterías de Livia. Pero están cantando la vieja canción que dice: «Desgraciado es el destino de las mujeres de los hombres de mar.» Guma acaricia el casco del *Paquete Volador*. No hay ninguno tan veloz. Sólo el *Viajero sin Puerto* puede ponersele a la par. Y eso porque tiene un patrón como Manuel. También el *Valiente* era un buen saveiro. Sin embargo no tan bueno como el *Paquete Volador*. El propio viejo Francisco, con su larga experiencia de saveiros y embarcaciones, afirmaba que no había visto, hasta ahora, otro igual. Y venderlo...

Oyó a Toufick que saltaba a bordo. Con él venía otro árabe, que, a pesar del calor, tenía una bufanda arrollada al cuello. Toufick los presentó:

—El señor Haddad. El patrón Guma.

El otro árabe se tocó la sien en una especie de venia. Guma dijo:

—Buenas noches.

Toufick examinaba el saveiro:

—Es grande, ¿eh?

—No hay otro más grande en el puerto.

—Me parece que en dos viajes vamos a transportar todo el cargamento.

Haddad asintió moviendo la cabeza. Guma preguntó:

—¿Salimos ahora?

—Vamos a esperar. Todavía es temprano.

Los dos árabes se sentaron en la cubierta y comenzaron a hablar en su lengua. Guma fumaba en silencio escuchando la canción que venía del fuerte viejo:

*Él se quedó en las olas
él se fue a ahogar.*

Los árabes seguían conversando. Guma pensaba en Livia. Ella lo hacía navegando, ya atravesando la barra a estas horas. De pronto Toufick se volvió hacia él y dijo:

—Bonita música, ¿no?

—Sí.

—Muy bonita.

El otro árabe permanecía callado. Se abrochó la

chaqueta y comentó algo en árabe. Toufick rió. Guma los observaba. La voz se había extinguido en el fuerte viejo y podía oír claramente el rumor de los cuerpos en el barco del patrón Manuel.

Más o menos a la media noche, Toufick dijo:

—Ya podemos salir.

Guma levó ancla e izó las velas. Haddad miraba sus tatuajes. Y el saveiro tomó velocidad. Las luces del buque se agrandaban. La tonada en el fuerte viejo recomenzó. Jeremías cantaba para la luna en esa noche de tantas estrellas. Iban silenciosos. Ya muy cerca del buque, Toufick ordenó:

—Pare.

El *Paquete Volador* se detuvo. A una orden de Toufick, Guma arrió las velas. El casco del saveiro se deslizaba lentamente. Haddad silbó de una manera especial. No obtuvo respuesta. Nuevamente silbó. A la tercera vez oyeron otro silbido que respondía.

—Vamos —dijo Haddad.

Guma no izó las velas, tomó los remos. El saveiro contorneó el buque y fue a atracar junto al casco del buque del lado que daba para Itapagipe. Un hombre asomó la cabeza y cambió con Haddad unas palabras en un idioma también desconocido para Guma. Desapareció. Después se asomó otro. Nueva conversación con Haddad. Y éste hizo que el saveiro se adelantase un poco más. Quedaron contra una amplia abertura. Y dos hombres comenzaron a pasarles piezas de seda que Guma y Toufick iban acomodando en la bodega. Nadie los molestó.

Al terminar se fueron apartando lentamente, y luego de pasar la escollera Guma levantó las velas

y siguió con la linterna apagada. El viento lo ayudaba y pronto estuvieron en el puerto de San Antonio. Las olas eran apenas un poco más fuertes, el mar menos calmo. Pero el *Paquete Volador* era un saveiro grande y podía resistir muy bien. Toufick comentó:

—Llegamos rápido.

Unos hombres esperaban el saveiro. Uno de ellos, bien vestido, se adelantó:

—¿No hubo inconvenientes?

—¿Cuántos viajes más?

—Con este saveiro con uno más es suficiente.

El hombre bien vestido se fijó en Guma que ayudaba en la descarga, transportando las piezas de seda a una casa cuyos fondos daban al puerto:

—¿Es ése el muchacho?

—Sí, señor Murad.

Guma observó al ricacho. Era un tipo gordo, bien afeitado, vestido de oscuro. Él puso la mano en el hombro de Guma:

—Muchacho, puedes ganar mucho dinero conmigo. Se trata de andar derecho.

Observó un rato más el trabajo y dijo a Toufick:

—Encárguese usted de esto. Yo me voy a ir porque tengo un poco enfermo a Antonio.

Antonio era el hijo de Murad, estudiante de derecho. Tenía pasión por ese hijo literato y farrista. Le disculpaba todo. Tenía orgullo de ver el nombre de su hijo en las colaboraciones de los diarios. Haddad muy solícito le preguntó:

—¿Antonio está enfermo? Mejor entonces que vaya a verlo.

F. Murad, antes de irse, palmeó a Guma:

—Ya sabe, si se porta bien conmigo, no va a arrepentirse.

—Pierda cuidado.

El coche lo esperaba dos calles más allá.

Terminando de descargar, el saveiro volvió al buque. Nuevamente la bodega se llenó de piezas de seda. Guma ya llevaba perdida la cuenta de las piezas desembarcadas. Toufick, al despedirse, entregó un rollo de billetes a uno de los hombres del buque que los contó a la luz de una linterna de mano:

—Está bien —dijo el hombre que observaba detrás con horrible pronunciación.

El saveiro partió, tomaron el viento, desplegaron las velas y llegaron al puerto de Santo Amaro sin incidentes.

Esta vez Toufick le ofreció un trago de cachaza. Descargaron el saveiro. Haddad había desaparecido dentro de la casa. Guma encendió su pipa. Toufick se le acercó:

—Cuando lo necesite otra vez, le aviso. —Sacó del bolsillo dos billetes de doscientos y se los entregó a Guma.

—Nunca ha visto esta casa, ¿entendido?

—Esté tranquilo, está hablando con un marinero. Toufick sonrió:

—Bonita la canción que oímos, ¿no?

Se abotonó la chaqueta y entró en la casa. Guma apretó el dinero en el puño, maniobró el saveiro y partió en la madrugada que se insinuaba. Sólo entonces sintió el cansancio de sus brazos y sus piernas. Extendido en el saveiro murmuró:

—Me parece que estuve todo el tiempo con miedo. El faro de la barra guiñaba en la madrugada.

Juan Cazula le dijo al recibir el dinero:

—Eres un hombre de palabra.

—Conseguí que me prestara el tío de mi mujer. Ahora a él le pago cuando puedo. Su tiendecita le ha dado y piensa ampliarla. Quiere que me asocie con él.

—Lo conocí en tu casa.

—Es un buen hombre.

—Se ve.

Rodolfo vino a visitarlo diez días después. Guma, que llegara la víspera de un viaje a Cachoeira, todavía estaba durmiendo. El viejo Francisco había salido para hacer unas compras, Rodolfo se puso a jugar con el sobrino y conversaba con Livia:

—¿Todavía no se te ha ido el miedo?

—Alguna vez me acostumbraré...

—Me parece que ese día tarda en llegar.

Miró al sobrino que lo quería arrastrar para que viera su barca de juguete navegando en la batea. Le dijo a Livia:

—Lo que te gustaría es que se pusiera de socio con los viejos, ¿no?

—Es claro que me gustaría.

—Pues está a tiempo...

—¿Qué quieres decir? —preguntó ansiosa.

Él la observó de soslayo. Si ella supiese la verdad sufriría más:

—Nada. Lo decía por el niño. Se está haciendo grande aquí y va a terminar por gustarle esto.

Ella todavía quedó con la duda, pero se tranquilizó:

—Me pareció que había algo...

Y de pronto le preguntó:

—¿De dónde has sacado el dinero que le prestaste a Guma?

—¿Yo? —Pero comprendió enseguida—. Hice un buen negocio. En vez de gastarme el dinero...

Ella le acarició la cabeza:

—Siempre tan bueno...

Guma se estaba levantando. Mientras Livia fue a prepararles café, Rodolfo habló a Guma:

—Te has metido en ese asunto del contrabando, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé todo. Una vez me mandó Toufick para que te hablara de eso. Pero no lo hice, pensé en Livia.

—¡Ah!, esa vez.

—Sí.

—Pero no va a ser por mucho tiempo. Nada más que para pagar el saveiro. Ya me falta muy poco.

—Ándate con cuidado. Si eso se descubre va a ser un gran lío. A Murad no le va a suceder nada, él tiene más de diez mil contos¹ y se pone a salvo. Pero el hilo se corta siempre por lo más delgado. Así que ándate con cuidado.

—No voy a estar mucho tiempo en estas cosas. No quiero que Livia...

—El día menos pensado lo sabe. ¿Cuánto te presté?

Guma rió:

—¿No me habrás hecho quedar mal?

1. Conto de reis: mil reis.

—No, pero casi caigo. Menos mal que me di cuenta a tiempo. Ándate con cuidado. Es una cosa peligrosa en la que te has metido.

Livia traía café y unos trozos de tarta. Se intrigó con esa conversación en voz baja:

—¿Qué es tanto secreto?

—No es ningún secreto. Hablábamos del chaval.

—A Rodolfo también le parece que debíamos irnos con el tío —comentó Livia.

—Digo por el niño —agregó Rodolfo.

—Déjame que acabe de pagar el *Paquete*, negra. Cuando junte algún dinero haremos el negocio. Ahora falta poco.

Tomó por la cintura a Livia y ella se sentó en sus rodillas:

—Es que paso tanto miedo...

Rodolfo bajó la cabeza.

La segunda vez fue un pequeño cargamento de medias francesas para señora y perfumes. Guma recibió cien mil reis. Todo salió bien. Esta vez el propio F. Murad fue en el saveiro y tuvo una larga conversación con un señor del buque. Después pagó una cantidad grande. Al volver, F. Murad le advirtió poniendo cara seria:

—Usted no me ha visto a bordo de ningún buque, ¿entendido?

—No es necesario decírmelo.

—Me han dado muy buenos informes suyos. Sé que es un muchacho de coraje. ¿Debe mucho todavía de su barco?

—Pagando estos cien me quedan trescientos cincuenta.

—Eso con unos pocos viajes más lo paga. ¿Después nos va a dejar?

—¿Dejar este trabajo? Creo que sí.

—¿Sí?

—Eso fue lo que convine con Don Toufick. Podía dejar esto en cualquier momento. Hago esto solamente para pagar mi barco.

—Nadie le impedirá salir.

—Pero le aseguro que por esta boca no se sabrá nada.

—De eso no tengo cuidado. Sé que usted es un muchacho derecho. Pero si quedase con nosotros podía ganar mucho dinero. —Puso la mano en el hombro de Guma—: ¿Le parece esto peligroso?

—Tengo mujer y un hijo. Si cualquier día se nos echa encima la policía —recordaba las palabras de Rodolfo— a usted nada le harán. Usted tiene mucha pasta. Pero con uno va a ser otra cosa...

F. Murad bajó más la voz:

—¿Usted cree que la policía no sabe que contrabando? Todos están comprados. No me va a ser fácil encontrar otro como usted.

Continuaron el viaje en silencio. Cuando estaban llegado todavía F. Murad insistió:

—Si quiere seguir con nosotros va a ganar mucho dinero.

—Voy a pensarlo. Y si resuelvo algo...

Al despedirse, Toufick le avisó que dentro de un mes llegaría un gran cargamento. Quizá él podría ganarse doscientos mil reis o más.

Al día siguiente fue a entregarle los cien mil reis al doctor Rodrigo. Le dijo que los había ganado en el último viaje. En Cachoeira le dio por jugar a la ruleta y ganó. Y como acababa de pagar lo que debía a Juan Cazula, quería ir pagándole ahora a él. Al principio el doctor Rodrigo no quiso recibirle el dinero. Dijo que Guma podía necesitarlo. Pero Guma insistió. Cuanto antes pagara su deuda, mejor.

Guma salió para arreglar un viaje a Santo Amaro. Iba a buscar un cargamento de cachaza. Vivía de estos viajes y el dinero que le daba el contrabando lo utilizaba íntegro para pagar el saveiro. Una vez salido de las deudas podía seguir un tiempo más con Murad, hasta ganar unos quinientos mil reis. Entonces podría satisfacer el deseo de Livia. Se iría a la ciudad y trabajaría en el almacén. Quizá no tuviese necesidad ni de vender su saveiro. Podía entregarlo a medias al patrón Manuel o a Mano Manca. Cualquiera de ellos desearía tener dos saveiros. Además, lo que tenía Mano Manca era sólo una canoa. Bien contento que estaría de hacerse cargo del *Paquete Volador*, ganaría más dinero. Y así Guma no dejaría del todo el muelle. Vendría de vez en cuando, haría algún viaje. Continuaría siendo marino, con intereses en el mar, navegando. Quedaría satisfecha Livia y él también, porque no se alejaría del todo del mar. Éste era un buen proyecto. Pero en esta forma tendría que continuar por un tiempo más en el contrabando, hasta reunir el dinero necesario para entrar de socio con los tíos de Livia. En unos meses y con unos cuantos viajes más reuniría lo suficiente. Era un negocio bien rendidor éste del contrabando. Lo malo estaba en el

peligro de que un día lo metieran a la cárcel. Sería un asunto grave si todo se descubriera. F. Murad tenía diez mil contos, la espalda ancha y nada le iba a ocurrir. Pero Guma, que sólo contaba con un saveiro...

Pero por él no tenía miedo. Si pensaba en los peligros del contrabando era por Livia y por su hijo. Veía a su hijo jugando junto a la batea. Jugando con el saveiro de juguete. Ya le gustaban las cosas del mar, era un verdadero hijo del muelle. Cuando creciera dirigiría el *Paquete Volador*, navegaría por este mar. Diría con orgullo que su padre había sido uno de los mejores patronos de saveiro que había tenido el muelle, y que aunque se había ido a la ciudad, de vez en cuando venía para hacer un viaje. Guma acarició con cariño el casco del *Paquete Volador*.

Bajó a la bodega y se encontró con el corte de seda. Lo había olvidado completamente. La víspera F. Murad se lo había regalado para que se lo llevase a Livia: —Tome, para su mujer.

Con las prisas por ir a su casa se había olvidado del corte de seda. Livia iba a ponerse contenta. Tenía muy pocos vestidos y ordinarios. Ahora podría hacerse un buen vestido, un vestido de señora rica.

Dejó listo el saveiro y se dirigió a su casa para comer. Saldría enseguida. Livia lo esperaba en la ventana junto a su hijo. Desde lejos Guma le mostró el corte de seda:

—Me había olvidado de traerte esto.

—¿Qué es?

—Míralo...

Ella dejó la ventana y puso al hijo en el suelo. Examinó el corte de seda:

—Pero esto es seda cara. —Y en sus ojos había una interrogación.

—Lo saqué en una feria de Cachoeira.

—Me estás mintiendo. ¿Por qué no me dices la verdad?

—¿Qué verdad? Lo gané en la feria...

Ella dobló la seda. Se quedó un momento en silencio y de pronto habló:

—¿Por qué tengo que saber las cosas por boca de otros?

—¿Qué cosa?

—Es peor así.

—¿Te has vuelto loca?

—¿Te crees que no sé? Lo malo uno lo sabe enseguida. Andas metido en el contrabando, ¿no?

—¿Te lo dijo Rodolfo?

—Hace tiempo que no lo veo. Todo el mundo lo sabe en el muelle. Estás en lugar de Javier...

—Es mentira...

Era imposible seguir negando. Mejor explicarle todo:

—¿No ves que no había otra forma de salir del pozo? Juan Cazula estaba queriendo que vendiera el *Paquete Volador*. Nos quedábamos sin nada. Me hubiese tenido que alquilar de canoero y no saldría más del muelle como tú quieres.

Livia lo escuchaba en silencio. El chaval vino de dentro y se agarró a las faldas de ella. Guma continuó:

—Ya ves... Hice nada más que tres viajes y he pagado casi todo el saveiro. Con un mes más tengo el dinero para establecerme con tu tío.

Hizo un esfuerzo:

—Si me metí en esto fue por vosotros dos...

—Tengo miedo, Guma. No es dinero bien ganado ése. El día menos pensado la cosa se descubre y qué va a pasar. Ya tenía miedo y más ahora...

—Va a ser por poco tiempo. Nadie descubre nada. ¿Te crees que la policía no sabe? Tiene la boca tapada con el dinero del señor Murad.

—Pero puede venir a la policía uno serio de verdad y la cosa termina mal.

—Para ese tiempo yo ya no estoy más. No voy a seguir más que tres o cuatro meses. Si llega a eso. Sólo lo necesario para hacer un poco de dinero.

—Ahora no te queda otro remedio —dijo ella con desaliento—. Pero me vas a prometer que largas en cuanto puedas y nos vamos a la ciudad.

—Te lo prometo.

Entonces ella desenvolvió el corte de seda. Era muy bonita. Se la colocó sobre el cuerpo, sonrió:

—Voy a hacerme un vestido, pero cuando largues ese asunto.

—Va a ser pronto.

Y Guma le contó las peripecias del contrabando.

El nuevo viaje no dio a Guma lo que Toufick le había prometido. No les entregaron todo el cargamento que esperaban. El hombre del buque explicaba con esa lengua desconocida para Guma, en una conversación interminable. Pero Toufick dijo a Guma que en esa misma semana vendría otro cargamento. Fue entonces cuando se declaró la huelga de estibadores. Los patronos de saveiro y gran parte de los canoeros hicieron causa común con los estibadores. Los estibadores salieron triunfantes y los fletes de los

saveiros y las canoas también fueron aumentados. Pero hubo persecuciones y un estibador de nombre Armando debió huir y lo llevó Guma en su saveiro que ya cobraba por su carga la nueva tarifa. Era una noche estrellada y el estibador contó a Guma muchas cosas. Pero para Guma no era de noche, era la madrugada que surgía.

El doctor Rodrigo ayudó mucho a los estibadores. Después hizo un poema, donde decía que el tan esperado milagro de la señorita Dulce comenzaba a realizarse. Ella estuvo de acuerdo, sonriendo. La señorita Dulce estaba cada vez más agobiada, pero levantó el pecho para oír el poema. Y sonrió feliz. Había aprendido algo nuevo para decir en las casas pobres del muelle. Ahora ya podían decirle buena amiga. Ella sabía cómo agradecerse los. Nuevamente tenía fe. Pero ahora era una fe distinta.

En el cielo de Santo Amaro la estrella de Besouro había desaparecido. Estaba con los estibadores.

Guma hizo otros viajes para Toufick. Pagó el saveiro. Y se hizo amigo del árabe, siempre tan amable. Haddad continuaba callado, con su bufanda deshilachada envolviéndole el cuello. Murad muy raras veces venía, sólo cuando se debía tratar algo importante con los hombres de a bordo. Ahora Guma tenía ahorrados doscientos cincuenta mil reis y estaba libre de deudas. Livia ya hablaba del día que se fueran para la ciudad alta como de una cosa próxima. Cuando él hubiera ahorrado un conto de reis podrían entrar en sociedad con los tíos. Y el tío descansaría, porque es-

taba demasiado viejo para trabajar. El saveiro iba a quedar con Mano Manca que entregaría todos los meses una cierta cantidad al viejo Francisco. A Livia casi se le había pasado el miedo, esperaba los regresos de Guma con más tranquilidad, sin esa agonía de antes. Todo se presentaba bien. Hasta las tarifas habían subido, la vida del muelle volvía a la normalidad, se había conseguido superar la crisis.

Y a Livia le agradaba ir ahora al saveiro las noches que dejaba a su hijo en casa de los tíos. Se acostaba en la cubierta al lado de Guma, oyendo las canciones del muelle, contemplando la luna amarilla, las innumerables estrellas, sintiendo la presencia de Iemanjá que extendía sus cabellos sobre las aguas. Pensaba que el mar es amigo, dulce amigo. Y sentía pena por Guma que dejaría el muelle y abandonaría su destino. Pero no vendería su saveiro y una que otra vez, cuando el mar estuviese en calma, vendrían a dar un paseo sobre las aguas, a mirar las estrellas y la luna del mar, a oír las tristes canciones del muelle. Y se amarían una vez más sobre el saveiro. Las olas bañarían sus cuerpos, el amor sería aún mejor. Sus carnes tendrían gusto de agua salada, sus oídos oirían el rumor del viento, el gemir de los negros con sus guitarras y sus armónicas, la voz de Jeremías cantando en el fuerte viejo. Solamente no oirían más la voz de Rufino, que se había suicidado por una mulata infiel. Verían los tiburones surcando el agua y encontrarían hermosos los cabellos de Iemanjá, la patrona de los saveiros y los mares. Tendrían nostalgias, tendrían nostalgias de todo. Guma acariciaría el casco de su querido *Paquete Volador*. Recordarían al *Valiente*. Pero el recuerdo

del hijo creciendo en las calles de la ciudad, creciendo hacia un destino mejor, los consolaría del sacrificio hecho. Pero aun así tendrían nostalgias, inmensas nostalgias, como se tienen nostalgias del ser amado. Porque nadie puede nacer o vivir en el mar sin amarlo como amante o amigo. Se puede amar el océano con amargura. Puede ese amor ser miedo u odio. Pero es un amor que no se puede traicionar, que nunca se abandona. Porque el mar es amigo, dulce amigo. Y tal vez sea el propio mar la tierra de Aiocá que es la patria de los hombres de mar.

